

Tragicomedia de un ayunador en las fiestas de Magdalenas de hace 40 años

JUVENTUD... Omito el resto de la frase, pues ya todos ustedes la han completado "in méntibus".

"In illo tempore", además de ese divino tesoro (¡vaya la solté!) tenía yo una bicicleta marca "Areli" fabricada en los talleres de una fábrica que entonces existía en Buenavista (Alza), con la cual, y gracias al cozcór de mis remos, recorrí todo el país vasco-navarro.

Una de las excursiones de más envergadura fué la que hice de Rentería a Bilbao para ver un par de corridas de sus renombradas ferias.

Llegué a la ciudad del Nervión y me hospedé en una de esas fondas con honores de posada que había en una calle..., conforme se pasa el puente del Arenal a mano derecha. (Siete pesetas al día, pensión completa por ser época de fiestas). ¡Qué abuso! Se entraba por una taberna (entonces no se llamaban bares), y al final de ella se abría un amplio comedor, de mesa redonda, mal ventilado, pero lleno de comensales en mangas de camisa; gordos en su mayoría y buenos cantores. Llegué a mesa puesta; cené hasta la hinchazón y muy reque-tebién. Frente a mí se sentaba y deglutía con voracidad un tío de cara alargada, nariz repulgada, de un moreno averdosado, ojos almendroides, pelo negro ensortijado, con todo el aspecto de un faquir barato.

¿Dónde demonios he visto yo a este tipo?, me pregunté varias veces durante el condumiaje; pero como la pregunta me la hacía in méntibus y no a voz en grito, como es natural, nadie llegó a responderme.

A fuerza de darle ¡dili dala! a mi cacúmen, caí en la cuenta de que el susodicho era un tío que se exhibió en una barraca de ferias, en los últimos años de fiestas patronales de las Magdalenas en la villa de Rentería, haciendo la competencia al célebre ayunador Papús.

Creo innecesario recordar a ustedes quién fué Papús. En la memoria de todos está el recuerdo de aquel francés que resolvió el pavoroso problema de las subsistencias, exhibiéndose dentro de una especie de ataúd de cristal fajado como una momia egipcia y permaneciendo durante diez o doce días sin comer. Se hizo popularísimo. En toda España se cantaban los cuplés de Jackson Veyan, titulados "En el Fondo del Baúl", en el que aparecía Papús cantando:

Soy el hombre de mayor pupila
que ha habido en España.

¡Ay!

Y es una castaña

Sí

Eso de ayunar.

Después de cenar, salieron todos los comensales a zanganear por Bilbao. Yo, como no pensaba noctambulear por hallarme materialmente reventado, pedí me sirvieran un café en el mismo comedor antes de acostarme. Otro tanto hizo el ayunador de barraca. Me miró varias veces como intentando entablar conversación.

¡Ay, que no me recuerde!, me decía yo a cada mirada:

—¡Caballero!...—me dijo al fin.

—¿Es a mí?...—respondí reccloso, aunque un tanto satisfecho de recibir ese calificativo de boca de un faquir...

Y empezó a hablar. Me dijo que era español y que

andaba de feria en feria exponiéndose en una urna de cristal durante diez días sin comer ni beber. Fumando tan sólo.

—Mi trabajo, señor, es delicadísimo—añadió—. Somos contadísimos los artistas que lo practicamos. Español, que yo sepa, soy el único.

Me pareció algo de exageración el decir que fuera él el único artista español que no comía durante siete días; pero, ¿para qué quitarle esa pequeña ilusioncilla?

—He recorrido—prosiguió—todas las ferias de España, con gran éxito. En todas han sabido apreciar mi arte. (¡Mira que llamar arte a eso de no comer... para comer sin trabajar!) Porque hay que saber presentarse bien. Mi establecimiento simula un salón oriental; yo me exhibo ataviado con un magnífico traje verde, de Marajhá; cambio de fisonomía, según el público, aparentando éxtasis, espasmos, colapsos, etcétera. La mayor parte de mis visitantes son mujeres. Hay que saber hacerse el interesante ante ellas; llegar a su corazón, tocarles las cuerdas sensibles. A unas les dirijo miradas de fuego completamente indostánicas, a otras las contemplo con ojos de admiración, de arrobó; ante el aspecto sentimental, finjo desmayos y padecimientos... En fin, que luego ¡hay que ver la de misivas que recibo de centenares de admiradoras! Repito: en todas partes he obtenido francos éxitos, menos en... (Aquí el faquir puso una cara feroche, me miró fijamente. ¡Ay, que no se acuerde; Dios mío, protégeme!, repetía yo, pálido y desasosegado). ¿Es usted de Rentería?

Siguiendo el mal ejemplo de muchos, negué; sí, negué muy serio de mi "Choko". ¡Que Santa María Magdalena me perdone! Fué por instinto de conservación de físico.

—¡Ah, vamos!

Comprendí que mi vida había corrido un gravísimo peligro. Respiré y me atreví a preguntar:

—Pu... pu... pu... pues, ¿qué le pasó a usted por allá?

—¿Que qué me pasó? Casi nada. ¡La caraba en sánscrito! Si alguna vez oye usted decir que Rentería arde por los cuatro costados, que ha volado por los aires hecha fosfatina, no le quepa a usted la menor duda: es que le ha llegado alguna de mis maldiciones. En todas las ferias frecuento el trato con calés para aprender nuevos anatemas que lanzar a esos "renterianos".

Aquí el faquir entornó los ojos, murmuró unas palabras ininteligibles (maldiciones, a buen seguro), carraspeó y continuó, feroche:

—El día 21 de Julio me introduje en mi vitrina con mi magnífico traje verde de marajhá. La tapa fué sellada por un notario ante la presencia de varios testigos. Encendí un cigarrillo de Calcuta, tomé una postura de derviche en meditación y me dispuse a pasar pacientemente los diez días que rezaba el cartel anunciador. Al principio todo fué bien, como en todas partes; pero a eso de las doce de la noche, una vez terminada la música en la Plaza de los Fueros, oí un concierto ensordecedor de gritos, cantos, berridos, toques de cornetas, pitos, tambores, castañuelas..., que se acercaba al ferial. Yo me iba poniendo nervioso y a temer una catástrofe. ¡Qué gritos, Dios me válga,

qué alboroto, qué zipizape se armó a la puerta de la barraca! Mis ayudantes se veían negros para ordenar la entrada del público. Muchos entraban cantando, tocando instrumentos extraños. Se apedreaban unos a otros, tirándose caramelos y churros que extraían de bolsas y grandes paquetes que llevaban en ambas manos; me llamaban don Papús Pérez y me dirigían las más absurdas preguntas a voz en grito. Creí volverme loco. En esto irrumpe en el establecimiento un grupo de jóvenes con grandes blusones, capitaneados por un tío malasombra que llevaba un sombrero de segador con las alas recogidas como esos sombreros que llevan los sacerdotes, y con un soplillo en la mano...

(¡Dios mío, que no me reconozca! ¡Santa María Magdalena, te lleno el cepillo de perras si no me reconoces!, repetía yo, presa de cruel amargura.)

Rodearon mi vitrina y se pusieron a cantar esos gorigoris que se cantan a los difuntos cuando están de cuerpo presente. El pollo del soplillo me bendijo de vez en cuando con él, como si fuera un "esopo". (Quería decir hisopo.) El público les hizo coro, y como en Rentería todos saben canciones religiosas, se armó un orfeón macabro de dos mil demonios. Yo, la verdad, no soy supersticioso; pero eso de que le canten a uno vivo la canción de los muertos, como lo hicieron con aquel rey Carlos Chapa...

(Quise protestar en nombre de la Historia y de mis principios, pero menuda bildurra pasaba en aquellos momentos para osar contradecir a mi interlocutor.)

—Encendieron cerillas y quisieron sacar en hombros mi ataúd y pasearlo por toda la feria. Tuvo que intervenir la Autoridad y desalojar el local. Al salir le daban el pésame al director de la barraca, como si fuera mi padre, y le decían llorando: "¡Pobrecillo, tan joven y tan difunto!" "¡No somos nadie!" "¡Que le entierren con salud!", y mil gansadas por el estilo, que me ponían frenético. ¡Como llegue yo a encontrar al idiota aquel! Vamos que... Y así fué pasando la noche. A eso de las dos y media se fué la gente y pensé descansar unas horas... ¿Descansar? Sí... sí. Al lado de mi establecimiento habían colocado otro con el tubo de la risa. Cuando termina la sesión, los dueños y personal se meten en él y, como está acolchonado, duermen tan ricamente. A eso de las tres y media me despertaron unos gritos de angustia y terror pidiendo socorro, acompañados de un ruido ensordecedor. Era que un gracioso, ¡maldito sea!, metiendo la mano entre las tablas, había cogido el conmutador de la energía eléctrica y, establecida la corriente, empezó a girar el tubo vertiginosamente. ¡Figúrese el pavoroso despertar de aquella pobre gente!

Después de la "soka-muturra" invadió el salón un grupo de chavalas. Me duele confesar que eran muy guapas. "Esta es la mía", me dije, y tomé una postura lánguida de faquir enamorado de Siwa. Sí, sí; ¡váyase usted con posturitas interesantes con aquellas jovencitas! Entraron llevando cada una un paquete de churros, comían como buitres, esparciendo un olorcillo a churro caliente que me soliviantaba las vísceras estomacales. "¡Uiii, qué feo!", decía una. "Chicas, si parece un maniquí con ese traje tan verde"; "¡Jesús,

qué traza!", le respondía otra; "Saltaperico, y gracias".

¡Saltaperico! ¡Mire usted que llamar saltaperico a un artista de mi categoría, que posee autógrafos amorios de miles de admiradoras!

Y llegó la tarde, y al terminar las vaquillas de la Plaza se repitieron las escenas de la noche anterior, corregidas y aumentadas. Un grupo se puso a merendar, utilizando como mesa la tapa de mi vitrina. Colocaron encima una cazuela de sopas de ajo, una gran sartén con una fenomenal tortilla y en paquete unas sartas de buen chorizo de Pamplona. ¡Lo que devoraron, bebieron, cantaron y berrearón aquellos energúmenos! "No seas tonto—me decían, abre la tapa y cómete unas cucharadas de sopitas y un par de ruedas de chorizo gordo, que están de un súper que atonta." "Pierde cuidado, que no se lo diremos a nadie." Hubo quien metió el pitorro de la bota por uno de los agujeros de la ventilación y me puso la cara perdida de un vinillo que debía ser delicioso. Sufrí lo indecible. Los dos primeros días son terribles; se pasa una gazuza inaguantable; pero vencida esa dificultad, es relativamente fácil aguantar. ¡Imagínese usted lo que yo padecía a la vista de aquellos manjares que olían a gloria y que a mí me gustan hasta la enajenación! Nada faltó para que abriese la tapa y me pusiera de sopa de ajo, tortilla y chorizo como el chico del esquilador.

Apenas salieron, creí morir de asfixia. Se me llenó la urna de humo y no se renovaba el aire. Un gracioso, ¡mira qué mono!, había tapado con migas de pan los orificios de la ventilación. No bien había logrado recobrar el aliento, cuando vuelven a invadir el salón los graciosos del entierro, con las cabezas adornadas con plumas de colores como los Pielés Rojas, disparando escopetitas y pistolillas mercadas en las ferias. Decían que eran "navajoes" que venían en nombre de Manítú a sacrificar al miserable rostro pálido imitador de Papús. Bailaron a mi alrededor la danza de la muerte y tocando tampoques; me llamaron Sacatepeque y otra colección de lindezas. Ponían unas caras, tan terriblemente salvajes, que llegue a temer me devorasen de verdad... En fin, para terminar: aquella noche cerré el establecimiento y salí de Rentería como alma que lleva el diablo. Si paso un día más, me vuelvo loco...

—Bueno, y de taquilla, ¿qué tal salió usted?

—Aunque me pese, tengo que confesar en honor a la verdad, que en ese aspecto el negocio me salió bueno. En día y medio recaudé más que en los diez días de otras ferias.

Siguió hablando un rato más y se despidió muy fino y atento, dándome un vale para que fuese a visitarlo gratis a su lujosa barraca de ferias. Prometí hacerlo así; le di las más expresivas gracias, y me retiré a descansar, dando suspiros de satisfacción y de tranquilidad.

¡Gracias, Santa María Magdalena bendita! Si me llega a reconocer, el que ocupa hoy el ataúd, y no de cristal, es el andova que suscribe.

ANTXÓN DE URIBIDE.

ESPECIALIDADES
FARMACEUTICAS
E INDUSTRIALES

Laboratorio B. C.

Marca registrada B. C.

Teléfono 62 74

RENTERIA